

La Fuga de los Sel enitas

Por Milagros Oya



www.librototal.net

Marte Rojo

Siento el viento

Espeso

Soledad siempre en

Rojo

Pireo (Famoso poeta marciano)

LA FUGA DE LOS SELENITAS

1.-La Ciudad de la Triple Cúpula

2.-De camino al espacio exterior

3.-Travesía de esperanza

Epílogo

I

La Ciudad de la Triple Cúpula

La laxitud del cuerpo femenino, maniatado en la camilla del laboratorio, evidenciaba el deteriorado estado físico de Lana Sita. Hasta un vulgar marciano podría percatarse de ello. Tal vez por este motivo, o por las revueltas Trois que se encontraban en su apogeo bajo las cúpulas de las ciudades marcianas, la prisionera se hallaba absolutamente sola en la sala, tal y como había previsto.

El brillo rojizo de sus profundos ojos era el único indicio de que la actividad mental de Lana Sita se hallaba en un momento de máxima ebullición. Sin mover ni un solo músculo, utilizando exclusivamente el increíble poder de su intelecto, alterado por la influencia de la bacteria marciana, se introdujo en el sistema de control de la Ciudad de la Triple Cúpula y desbloqueó el acceso al ascensor orbital.

Solo entonces intentó incorporarse en la camilla desatando, con el poder de su materia gris, las ligaduras que le mordían la carne frágil y macilenta de tobillos y muñecas.

A pesar de que todas sus facultades mentales se hallaban todavía intactas, el antiguo vigor del cuerpo más poderoso de toda la comunidad Selenita, era evidente que se había esfumado. Los últimos años en cautividad, sometida a cuantos terribles experimentos se le ocurrieron a los investigadores de la Compañía marciana que

controlaba el proceso de Terraformación del planeta rojo, habían minado definitivamente su salud.

Lana Sita sabía ya que su tiempo se agotaba. Estaba realizando el último esfuerzo, la última ofrenda a los suyos: su propia vida.

Muy a su pesar, era consciente de que el fin estaba cerca, pero antes de alcanzarlo debía conseguir el objetivo definitivo: la salvación de los Selenitas, la nueva especie humana que dependía por completo de ella.

Sus largas, delgadas y blanquísimas extremidades inferiores intentaron alcanzar el suelo desde la camilla. Fue un esfuerzo ímprobo. Lana Sita jadeaba ostensiblemente. Pero no disponía de tiempo para recuperar el aliento. Los brazos, débiles y marcados por la agresión de los investigadores, trataron de ayudar en el descenso. Debía abandonar el recinto lo más rápidamente posible, pero antes era preciso que diese la señal de alarma para que el resto de los Selenitas se pusiesen en marcha.

De pie, descalza y solo cubierta por una diminuta camisa blanca que apenas le cubría el tronco, la mujer cerró los párpados con fuerza y entró en comunicación con el resto de sus congéneres que ya la aguardaban en las dependencias anexas al ascensor orbital.

El mensaje fue recibido con claridad por el peculiar cerebro de Amira Dan.

-¡El paso está franco!- bramó la mujer.

Un centenar de seres aterrados la observaban con el corazón en un puño. Hombres, mujeres y niños, apelotonados en la oscuridad, suspiraron al unísono al conocer que el inicio de la fuga estaba en marcha.

-Lana Sita está a punto de abrir las puertas. Entonces nos deslizaremos con sigilo hasta las naves aparcadas en el hangar. Ya están establecidos los grupos y designadas

las naves. No os retraséis por nada. Si no conseguimos huir mientras sofocan la revuelta Troi, estaremos perdidos. ¡Es nuestra única oportunidad!- los aleccionó Amira Dan.

La mujer calló y cerró los ojos para afianzar su concentración. En cuestión de segundos la puerta de la dependencia marciana se abrió de par en par. Amina Dan dio la orden de avanzar con un solo gesto. En completo silencio el centenar de seres mutantes caminaron en la oscuridad con la habilidad de los que no precisan de luz para contemplar el hangar que los aguardaba.

Sin emitir el más mínimo ruido, los grupos se abalanzaron sobre las naves estacionadas en la dependencia contigua al ascensor orbital. En cuestión de escasos minutos todos habían desaparecido y de nuevo en el hangar reinaba la quietud entre la multitud de naves de transporte de carga, las adecuadas para la colosal travesía que se disponían a iniciar.

Los sistemas de seguridad permanecieron en silencio, gracias al control mental que Lana Sita mantenía desde el laboratorio.

Ahora solo le restaba poner en funcionamiento las naves, abrir la puerta del ascensor orbital y catapultar a los Selenitas al espacio exterior.

-Muy pronto volveréis a vivir como Seres Piedra. Esa es mi promesa- pensó Lana Sita.

Avanzó con paso inseguro hasta un panel de control y posó con suavidad las escuálidas manos de largos y blanquecinos dedos con el fin de iniciar la fuga. En su propio cerebro observó como las naves cargadas con sus congéneres se ponían en marcha y atravesaban a toda velocidad el ascensor orbital con destino al exterior del planeta Marte. Los Selenitas salieron catapultados desde el interior de la Ciudad de la Triple Cúpula a toda velocidad al espacio exterior, más allá de la todavía fina atmósfera marciana.

Lana Sita sonrió lánguidamente. Ya quedaba muy poco. Ahora tenía que darse mucha prisa. Los marcianos, a pesar de estar muy ocupados con la revuelta Troi, no tardarían en percatarse de la huida. Aunque en realidad el único Selenita que les interesaba en los últimos años era Lana Sita, no permitirían fácilmente que les sustrajeran una decena de sus mejores naves de transporte. Si disponían de efectivos tratarían de impedirlo. Debía permanecer alerta.

Buscó en una especie de pequeño armario algo de ropa marciana para cubrir su cuerpo Selenita. A causa de las manipulaciones físicas a las que los marcianos la habían sometido, sus características orgánicas en aquellos instantes coincidían perfectamente con las de cualquier habitante de alguna de las ciudades cubiertas con cúpulas del planeta Marte, todavía en proceso de terraformación. Sin embargo, caminar por el centro de investigación casi desnuda no la ayudaría a pasar desapercibida.

Se ajustó el primer uniforme marciano que encontró y todavía tambaleante se dispuso a abandonar el laboratorio.

Había reservado para ella una pequeña nave que estacionaban muy cerca de las dependencias de investigación. Con su insólito poder mental, había recorrido por completo la Ciudad de la Triple Cúpula en su busca, durante su cautiverio. Allí, sujeta a la camilla, sometida a cuantas vejaciones las perversas mentes marcianas de la Compañía habían imaginado, había dispuesto de varios años para trazar el plan. Y al fin había llegado el momento. Sus congéneres estaban ya en libertad. Pero la fuga solo sería un éxito si ella conseguía abandonar el planeta.

Solo Lana Sita podría invertir el proceso iniciado por la Compañía en el resto de los Selenitas y transformarlos de nuevo en lo que fueron, en lo que eran y deseaban seguir siendo: Seres Piedra. Y solo Lana Sita conocía el destino de la angustiada expedición que les llevaría a encontrar ese planeta que anhelaban, en el cual podrían

vivir libremente sin ser sometidos a marginación, al desprecio, ni a terribles experimentos.

El planeta en el que los Seres Piedra se establecerían y podrían desarrollarse como comunidad libre era el secreto mejor guardado por Lana Sita. Se hallaba oculto en el lugar más recóndito de su cerebro y allí permanecería hasta que se alejara lo suficiente del poderío tecnológico marciano que podría descubrirlo y dar al traste con todas sus esperanzas.

Luchando por no desplomarse, Lana Sita avanzó hacia la puerta del laboratorio. Antes de abrirla consultó la localización de las patrullas del orden. La mayoría se hallaba en el centro de ocio, enfrentándose a un grupo de Trois que se había hecho fuerte en dos locales de reunión marciana. Afortunadamente esta disputa por el poder en la colonia les favorecía, puesto que ponía en jaque a las fuerzas del orden incapaces de hacer frente a dos conflictos a un tiempo. Quién ganase la contienda no tenía la mayor importancia para los Selenitas. Tanto el sector crítico marciano formado por los Trois, como los actuales detentadores del poder, los marcianos de la Compañía, eran enemigos declarados de los mutantes, a los que solo les quedaba huir.

La puerta se abrió frente a Lana Sita. El pasillo estaba franco. Únicamente le restaba avanzar hasta una dependencia auxiliar donde se hallaba estacionada la pequeña nave laboratorio. La que utilizaría para huir.

Caminó balanceándose. Las fuerzas se le agotaban. La vida huía de su maltratado cuerpo. Pero aún le quedaba aliento para cumplir su destino. Ese que le habían impuesto y que ella jamás había deseado.

El abultado cráneo que coincidía con el aspecto de un marciano corriente, cada vez resultaba más pesado. Avanzaba con la cabeza gacha como si ya no fuese capaz de mantener la verticalidad. Por fortuna alcanzó la galería que buscaba. No precisó pulsar

ningún dispositivo de apertura. Su mente todavía estaba lo suficientemente lúcida para manipular el sistema de la ciudad.

La puerta obedeció a su pensamiento.

-¡Lana Sita! ¡Lo sabía! Cuando advertí que la seguridad de esta zona había sido violada, estuve seguro. ¡No darás un paso más!

-¡Tóner Belquiu!

-¡Sabía que todos estos años de silencio e inmovilidad habían sido una farsa! A mi nunca conseguiste engañarme.

-¡Tóner Belquiu, el traidor! ¡No podía ser otro!

-Yo no soy un traidor, Lana Sita.

-No tengo tiempo para discutir tu comportamiento miserable con los tuyos. Con tu propio pueblo.

-Yo no soy como vosotros, nauseabundos Selenitas. Soy un ciudadano de Marte. ¡Un marciano! ¿Ves mis extremidades esbeltas y delgadas, mi cráneo abultado por la baja gravedad y mi piel lisa y tostada por los baños de rayos UVA? No queda ni un ápice de enfermedad en mí.

-¿Enfermedad? ¿Llamas enfermedad a tu propia naturaleza? Enfermedad y dolor es lo que vuestro “milagroso tratamiento” para conseguir que respiráramos esta mezcla de aire saturado de oxígeno ha provocado entre los nuestros. ¿De verdad no tienes remordimientos? La mayoría de los Selenitas han muerto o son pasto de las infecciones. De aquel millar de mujeres y hombres que nos dejamos convencer por las palabras de uno de nuestros más destacados líderes, Tóner Belquiu, el Selenita que quería negociar con los marcianos, de aquellos más de mil, apenas quedamos un centenar con vida. No permitiré que nuestra comunidad sea barrida de la faz del universo por el racismo y la

intolerancia. ¡Ha llegado el momento que tanto hemos aguardado! Hoy los liberaré y tu no podrás hacer nada para evitarlo.

-¡Las naves que han huido no son Trois! ¡Lo imaginaba! ¡Selenitas, por supuesto!

-Y ahora están fuera de vuestro alcance. ¡Es tarde para deternos, Tóner Belquiu!

-No tanto. Estoy seguro de que tu presencia es absolutamente imprescindible para la supervivencia de los mutantes. Ellos están demasiado débiles y la medicación ha reducido al máximo sus capacidades mentales. No han podido recuperarse por completo como yo. Ya no son más que un puñado de monstruos de pesadilla que no podrán dar un solo paso sin ti. Y tu todavía estás aquí y no permitiré que abandones el laboratorio. He vuelto a conectar la seguridad.

Lana Sita suspiró profundamente. El tiempo se agotaba y el peligro de desfallecimiento era inminente. El esfuerzo de eludir durante tantos años el implante de control cerebral que como parte de la investigación portaba en su materia gris, había agotado la poca vida que le quedaba. Sin embargo, debía continuar.

Cerró los párpados con fuerza y Tóner Belquiu abrió la boca de par en par asfixiado. Los pies del hombre se elevaron del suelo mientras pataleaba, luchando inútilmente por zafarse de una fuerza invisible que amenazaba con dejarlo sin el aire marciano que desde el cambio respiraba con tanto placer.

-¡No nos detendrás!- dijo Lana Sita sin necesidad de mover los labios.

Tóner Belquiu fue empujado hasta un rincón de la galería. Una monstruosa procesión de artefactos, procedentes del laboratorio, acudieron a la llamada selenita y se afanaron en rodearlo, como si se tratase de un ejercito metálico a las órdenes de un poder intangible de otro universo.

-¡No te saldrás con la tuya! ¡Las alarmas saltarán tan pronto cruces esa puerta!—
gritó Tóner Belquiu luchando por recuperar el aliento.

Lana Sita no respondió. El tiempo apremiaba y no disponía de suficientes energías para manipular de nuevo los sistemas de seguridad. El hálito de vida le iba abandonando y precisaba de todo su valor para cumplir esa misión encomendada, muy a su pesar, y que le costaría la existencia.

Sin mirar hacia atrás, evitando contemplar el rostro de Tóner Balquiu, el traidor, el renegado, atravesó la puerta. Las alarmas se dispararon en alguna parte de la Ciudad de la Triple Cúpula. Lana Sita se supo descubierta. Esperaba que la revuelta de los Trois hubiese provocado la suficiente confusión para que la respuesta de seguridad no fuese inmediata.

Avanzó tambaleante, encogida sobre si misma y con los ojos cerrados por el pasillo, camino de la sala donde le aguardaba la pequeña nave de investigación. La garganta le quemaba como si se hubiese declarado un colosal incendio en su interior. El corazón le golpeaba en el pecho, con tal fuerza que le impedía controlar con claridad las señales que recibía de su alrededor. Sentía el movimiento de agentes en busca de Trois, los disparos de los rebeldes, percibía la alarma de los homo robóticos desconcertados por la fuga de medio centenar de naves. Y seguía avanzando. Lentamente, dejándose un poco de vida a cada paso, segura de que el final estaba cerca y de que los sueños de su infancia no habían sido otra cosa más que sueños y que jamás se harían realidad. No en este mundo. No en este tiempo.

PARA ADQUIRIR EL RESTO DE LA OBRA

www.librototal.net

LA FUGA DE LOS SELENITAS

Por Milagros Oya



www.librototal.net